M. LINARES RIVAS

La Cizaña

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1912

LA CIZAÑA

LA CIZAÑA

Comedia en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES RIVAS

Estrenada en el TEATRO LARA de Madrid, la noche del 20 de Febrero de 1905

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

715489

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.
Reservado el derecho de traducción.
Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SEÑOR

DON MAXIMILIANO LINARES RIVAS

Querido tío Maximiliano:

De nuevo vuelven a resonar en la Coruña las manifestaciones de afecto a un Linares Rivas: este eco, grato y deseado, nos enlaza otra vez, y más aún, a los pocos ya que ostentamos su apellido.

Como recuerdo y memoria del que ya no existe, y expresión afectuosa del que aun vive y ansía colocar su nombre en puesto que no desmerezca del heredado, ¿quiere usted aceptar la dedicatoria de esta obra, por la suerte que me acompañó en ella y por la suerte que a usted y a los suyos les deseo...?

Su amante sobrino

Manolo

Madrid, 3 Marzo 1905.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
RITA, 55 años.	Sra. Valverde.
MERCEDES, 25 ídem.	Srta. Domus.
FILOMENA, 40 íd.	Sra. Rodríguez (M.)
ESPERANZA, 22 íd.	» Ruiz.
FRANCISCA	Srta. Pardo.
CARRASCOSA, 50 íd.	Sr. Rubio.
BRAULIO, 45 íd.	» Sepúlveda.
RESTITUTO, 50 íd.	» Simó-Raso.
RICARDO, 30 íd.	» Calle.
PEPITO, 30 íd.	» Barraycoa.

EPOCA ACTUAL

Derecha o izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Una salita modesta y, sobre todo, alegre: el color del papel de dicha decoración será rosa suave y liso. Puertas laterales, una á la derecha y otra á la izquierda. Al foro derecha una gran ventana con vidrieras y balconcillo figurado que da á los tejados de las casas de enfrente. Sofá, dos butacas y ocho sillas de tapicería de estilo Imperio. Un bargueño antiguo. Una mesa antigua. Un costurero. Un pie con su jaula colgada y dentro un canario. Un alfombrín para los pies del sofá. Alfombra de maderas. Aparato de luz eléctrica que se enciende á su tiempo, cuya llave estará al lado de la puerta de la izquierda; este aparato será una bomba con su tulipa pendiente de su hilo y colgado en el techo en el centro de la escena. Es de día al empezar la acción y termina de noche.

ESCENA PRIMERA

RITA, haciendo labor al lado de la ventana. Pausa. CARRASCOSA sale por la derecha

CAR. Mi señora doña Rita...

RITA Pase usted, mi señor don Roque... Tempranito se ha despachado hoy...

CAR. Es que me despacharon a mí.

RITA ¿Cesante?

CAR. No, señora, no; ¡ni decirlo! Trasladado a Valencia. (Sentándose.)

RITA ¿Le conviene a usted?

CAR. Probablemente, ni a ellos tampoco. La fa

talidad... doña Rita. Haría falta mi destino para algún compromiso, y como no tengo aldabas ni padrinos... En cuatro años recorrí siete provincias: una condenación.

RITA ¡Válgame Dios! Dicen que no ahoga...

CAR. Vine a ponerme los trapitos, y vuelvo al Ministerio a ver si consigo hablar con el señor Ministro.

RITA ¿Recibe por la tarde?

CAR. En la portería hay un cartelito: «De tres a cinco, diputados y senadores; de cinco a seis, público en general.» Pero, como yo no soy diputado, ni senador, ni público...

RITA ¿Qué es usted?

CAR. Empleado: una raza aparte. No sé a qué hora me dejarán verle. En cinco minutos despacho, en menos... «Diez mil reales de sueldo, mujer, tres hijos, ocho traslados... ¡Ruina mía, misericordia suya, señor Ministro!» Reverencia de entrada, reverencia de salida... y al tren, porque no han de hacerme caso ninguno.

RITA A veces tienen buen corazón los Ministros.

CAR. Muy pocas veces, doña Rita.

RITA Con tal de que ésta sea una...

CAR. No lo aguardo: carezco de influencias, y, personalmente, ¿qué voy a esperar? Yo soy del sexo contrario.

RITA ¿No es hombre el Ministro también?

CAR. Por eso lo digo. Para un hombre no hay sexo más contrario que el de otro hombre... y las indulgencias se quedan para lo femenino.

RITA Las necesitamos mucho. Somos tan débiles...

CAR. Ya lo dicen, ya lo dicen... pero así y todo ustedes son el resorte más poderoso.

RITA No lo crea usted.

CAR. En la oficina nos lo sabemos de memoria: en cuanto mueven a un empleado, es que una señorona se ha movido antes para gestionar en favor de un amigote.

RITA No siempre.

CAR. Siempre no. Y, sin embargo, de cada diez credenciales, nueve huelen a opoponax.

RITA Así está todo.

CAR. Sí, señora; todo perfumado.

RITA Válgame Dios...

CAR. ¿Y las niñas?

RITA Bien. Mercedes en sus lecciones y Esperanza ha ido a casa de unos señores, de la plaza del Angel, que desean una profesora de inglés...

CAR. ¿Ya no está con la de Menéndez?

RITA No: la despidieron porque dicen que se ríe demasiado... y, por lo visto, el inglés hay que enseñarlo con mucha gravedad.

CAR. Es muy risueña...

RITA Sigue siendo una chiquilla: todo lo que su hermana Mercedes tiene de reflexiva y de formal, Esperanza... El día entero se lo pasa entre risas y bromas: hasta de noche creo que sueña cosas alegres...

CAR. Como yo...

RITA Carrascosa...

CAR. En cuanto me quedo dormido sueño con plazas inamovibles. Pero no hay justicia en la tierra...

RITA Llegará, don Roque, llegará. Y mientras, resignación.

CAR. Hace falta el genio de usted para conformarse con tanta desdicha.

RITA Ya pasé las mías... Al quedarme sola con estas dos niñas, cayendo de pronto desde el lujo a la miseria... En un día perdí el marido, la fortuna, los amigos... ¡No hablemos de tristezas!

CAR. No hablemos de eso...

RITA ¡Pero, créame, don Roque: educar hijos e hijas, para que no puedan ser felices sino siendo ricos, es un crimen! Y mis pobrecitas bien se amoldan al trabajo: Mercedes sostiene la casa.

CAR. Y Esperanza ya lo procura.

RITA No la quieren en ninguna parte. Se ríe de todo y por todo...

CAR. Pero eso no es vicio ni defecto.

RITA Vicio no, defecto sí. Ya me voy convenciendo de que la risa, en el que por necesidad ha de ser humilde, suena a poco respeto en los oídos de quien paga...

CAR. Lo mismo que en el Ministerio... hasta seis mil reales, respetuosos; de seis mil a doce mil reales, atentos, y de tres mil pepesetas en adelante, ya son como Dios quiere...

RITA Paciencia, amigo Carrascosa.

CAR. Paciencia, amiga doña Rita.

ESCENA II

Dichos y RESTITUTO por la derecha

RES. ¿Qué contará este covachuelista?...

RITA Buenas tardes, don Restituto.

RES. Muy buenas. ¿Qué hay?

CAR. Que dentro de un mes levanto el vuelo.

RES. Trasladado, ¿eh? ¿Usted cómo se las arregla para caer siempre de pie?

CAR. (Con tristeza). Suerte, amigo Restituto, suerte.

RES. ¿Y qué más? ¡Cualquiera acierta las intrigas de que usted se valdrá!...

RITA Siéntese, don Restituto.

RES. (Sentándose). ¿A mí qué me va usted a contar? Si usted no apelase a ciertos medios... ¿con esta gente?, estaría usted en la calle como yo... ¡Dos años largos cesante!

RITA En el mundo hay suerte y hay desgracia. La desgracia nos la explicamos naturalmente, y en cambio si es un cachito de felicidad o de fortuna lo que llega, hemos de echarnos a buscar magias y milagros.

RES. La desdicha viene por sí sola; la suerte la empuja alguien.

RITA Así somos de cavilosos.

RES. Y así acertamos. Pero apresúrese usted, don Roque; esto dura demasiado... ¡Cuándo sonará la hora de la justicia! ¡Cuándo caerá este Gobierno de pillos y de imbéciles!

RITA Don Restituto...

CAR. No hable usted así... ¡qué caramba!

RES. Amigo Carrascosa, yo no cobro: tengo derecho para emitir libremenie mi opinión.

RITA (Sonriendo). Es usted temible...

RES. No soy un asalariado, pero no hay como decir la verdad para resultar odioso. ¡Me consta, ¿lo oye usted bien?, me consta que la credencial de Ramírez, el de la calle de la Puebla, costó setenta duros! ¿Qué dice usted ahora? ¿Son unos pillos?

RITA ¿Quién se lo ha dicho a usted? ¿Ramírez?

RES. No, señora; me lo dijeron en el café.

CAR. ¿Quién?

RES. Quien lo sabe de muy buena tinta.

CAR. De muy buen café.

RES. ¿Usted va a gusto en el machito? Claro... sigan los diez mil reales en Instrucción Pública, y el resto envidias, murmuraciones... Pero esto se acaba: esta misma tarde hay en el Congreso una interpelación tremenda. Me consta que hoy derribarán al Ministerio.

CAR. ¿Y quién entra?

RES. Los míos.

CAR. ¿Cuáles son los de usted?

RITA Los que van a colocarlo.

RES. Como usted lo dice. Gente de bien, que premian lealtad y constancia, no estos granujas...

CAR. ¡Don Restituto!...

RES. ¿Que no son granujas? Atrévese usted a desmentirme. Atrévese usted... ¿Y cobardes? Yo mismo, yo, he desafiado personalmente al Ministro de la Guerra.

RITA ¿Y qué?

RES. Nada; como si estuviésemos en paz.

CAR. Un funcionario tan significado no debe batirse.

RES. Miedo, eso no es más que miedo; se esconden detrás del cargo. ¿Y el Ministro de la Gobernación? ¿Usted ha leído esa reforma?

RITA No, señor.

RES. Bueno: un desatino. Le escribí tres pliegos de letra menuda, refutando uno por uno todos los artículos, y al final, con mi franqueza característica, se lo he dicho claramente: «Señor Ministro, esto es una mamarrachada.» ¿Qué le parece a usted?

RITA Lo que usted dice: una mamarrachada.

RES. Bueno; pues como si tal cosa: no se atrevió a discutir conmigo ni a pedirme explicaciones.

CAR. No cabe duda, es miedo.

RES. Cuando tropiezan con un hombre de acción, se callan, y nadie ignora que soy sobrino de aquel héroe de todas las barricadas, que se llamaba...

CAR. Cierto, cierto... Pero ser sobrino de un héroe, aun no es lo mismo que ser héroe.

RES. ¿Por qué me vigilan y me siguen?...

RITA ¿El Gobierno hace que le vigilen a usted?

RES. Lo desprecio.

CAR. Pues tenga usted cuidado. Si la policía le cachea a usted una noche, vuelve usted mudo.

RES. (Riendo.) ¿De espanto?

CAR. Le recogerán a usted la lengua; que es el arma más peligrosa de usted... y de otros muchos...

RES. Es usted un gran irónico, amigo don Roque; y, naturalmente, será usted un gran empleado.

CAR. Modestísimo... y trasladadísimo.

RES. No le deseo a usted mal ninguno, pero cuando llegue la hora de la justicia, que llegará muy pronto, ya hablaremos.

CAR. (Levantándose.) Con su permiso, doña Rita.

RITA Adiós... y que consiga usted ver al Ministro.

RES. (Levantándose.) ¿Usted es de los que suplican, de los que doblan reverentes el espinazo? ¿Y para qué?

CAR. ¿Usted de los que amenazan? ¿Y para qué?

RES. Siquiera se salva la dignidad humana: todos somos iguales.

CAR. Por ahora, hasta que usted no lo arregle, el señor Ministro es un poquito más que yo. Me voy a verle.

RES. Y yo. Es decir, yo voy al café a esperar noticias del Congreso. Rebajarse ante un funcionario del pueblo...

CAR. Ande, don Restituto, ande, que tengo prisa.

RES. Hasta mañana, doña Rita.

RITA Hasta mañana, don Restituto.

(Vanse don Restituto y Carrascosa por la derecha.)

ESCENA III

RITA sola

RITA Dos almas de Dios. Una resignada con lo poco que tiene, y otra, como le falta aún ese poco, desesperada. No está bien que haya tanta desdicha, pero tampoco está bien que yo murmure. El Señor me perdone este mal pensamiento. Padre Nuestro que estás en los cielos... (Pausa.)

ESCENA IV

DICHA, ESPERANZA, por la derecha

ESP. Mamá...

RITA Esperanza...

ESP. Ya está resuelto lo de la plaza del Angel. En dos segundos hemos quedado conformes.

RITA ¿Cuánto pagan?

ESP. A mí, nada. Me dijeron que no les servía.

RITA Esperanza...

ESP. Ninguna. ¡Ah! Y me dijeron que lo sentían mucho. No lo creo.

RITA ¡Es que necesitamos ese sueldo! ¡No es justo cargar todo el peso sobre tu hermana!

ESP. ¿Y qué voy a hacer yo si no me admiten?

RITA Ser más formal.

ESP. Tú dirás... Entro:—¿Es usted la profesora de inglés?—Para servir a usted.—¿Sabe usted inglés?—Te juro que no me reí todavía... Sí, señora. Pausa.—¿Y cuántos años tiene usted?—Veintitrés.—Son pocos. —Pues, por ahora, no puedo ofrecerle a usted más...—Para acompañar a mi hija es preciso una mujer de más edad.—Sí, vieja, para que se duerma a tiempo.

RITA (Escandalizada.) ¿Contestaste, eso, Esperanza?

ESP. No, mamá, lo pensé nada más.—¡Déjeme usted las señas, y si acaso, le escribiré!... aunque lo dudo mucho; no tiene usted tipo de Miss.—Yo ya me sonreí algo, porque esa señora no sabe lo que quiere decir Miss... Nos despedimos, y aquí estoy.

RITA Me contraría bien...

ESP. Tendrás que darme seis pesetas para comprarme un frasco de tinte; voy a pintarme el pelo de rojo.

RITA No desatines.

ESP. Gafas, ya las tengo. (Enseñándolas y poniéndoselas después.) Me las regaló un caballero.

RITA ¿Cómo dices?

ESP. Que me las regaló un caballero. ¿Está mal dicho?

RITA ¿Quién era?

ESP. No lo sé: los caballeros son siempre desconocidos. Si no te diría don Fulano o el señor Tal... y éste era un caballero cualquiera.

RITA Esperanza, me disgusta profundamente...

ESP. Vaya, no te enfades; te diré el nombre: Pepito.

RITA Es un buen amigo nuestro, el único que nos queda de aquellos tiempos mejores... pero no me agrada que consientas regalos.

ESP. No tiene importancia: ¡vaya un regalo!

RITA Sin embargo, no los aceptes. Te criticarán.

ESP. ¿Y tú te preocupas de lo que piensen los demás? Pues ya tienes diversión.

RITA Algún día recordarás mis palabras.

ESP. Y entonces puede que llore; pero mientras, déjame reir.

RITA Así nadie te hace caso.

ESP. ¿Tú no tienes queja de mí? ¿No? Pues ríete, que eso vamos ganando.

RITA Oye; en la calle del Conde de Xiquena sé que buscan también una profesora.

ESP. ¿En el 15? Allá voy. Yo no haré nada de provecho; pero siquiera estoy todo el día en la calle, de paseo.

RITA Es un modo de comprender la vida...

ESP. Magnífico... por lo menos hasta que encontremos otro. ¿Que no hay trabajo ni sueldo? Pues a reirse de las privaciones. ¿Que viene una pena?... Pues a reirse de las penas.

RITA Sí, hija, sí; ríete.

ESP. Sí, mamá, sí; ya me río. Mercedes, tú y yo pasamos las mismas contrariedades. Tú y Mercedes os afligís; yo me burlo... Echa la cuenta y verás quien gana.

RITA Tú. Pero eso va en el genio, no en la voluntad.

ESP. No lo creas. En el mundo va todo un poquito sobre la voluntad...

ESCENA V

DICHAS, MERCEDES por la derecha

MERC. Hola, mamá.

RITA Hola, hija.

MERC. Ahí tienes los cuartos.

RITA ¿Cobraste todo?

MERC. Menos la lección de la calle Ancha, que se olvidaron que era día primero, y la de esa pobre Lolita, que, como todos los meses, se olvidó de tener dinero.

RITA Alguna vez cobrarás.

MERC. Ojalá, porque es buena señal para ella.

RITA Voy a pagar al casero.

MERC. Anda, baja. Vengo rendida...

ESP. (Ayudándole a quitarse el sombrero.) En esa casa de la plaza del Angel han opinado como en todas, que no sirvo... y ahora voy a que me rechacen en otro lado.

MERC. No te apures.

ESP. No me apuro. ¿Qué más da?

MERC. Gracias a Dios, yo gano para todas.

RITA ¡Pero no es justo!...

MERC. Que no lo intentara sería egoísmo, pero que no lo consiga... ¿Qué culpa tiene?

RIUA Eres poco seria, Esperanza.

ESP. (Poniéndose las gafas.) Ahora lo veremos. Lo malo es que yo no veo nada (Quitándoselas.) Me las pondré al llegar... ¡Vámonos, mamá... (Rita guarda unos billetes en el bargueño y se queda con otros. Vanse Rita y Esperanza por la derecha y Mercedes por la izquierda, saliendo en seguida.)

ESCENA VI

MERCEDES, BRAULIO y CRIADA por la derecha. Mercedes se sienta en el sofá a descansar

BRAU. (A la criada.) No hace falta: nos conocemos. (Vase la criada por la derecha. A Mercedes.) ¿Se puede?

MERC. (Levantándose vivamente.) ¿Con qué derecho entra usted aquí?

BRAU. ¿Usted no oyó que he pedido permiso?

MERC. ¿Usted ha oído que se lo concedieran?

BRAU. Pues si los dos hemos dejado de escuchar algo interesante, disculpémonos mutuamente los dos. Por mi parte...

MERC. No le consiento a usted que dentro de mi propia casa...

BRAU. Mercedes...

MERC. Ni la confianza de que me llame usted por mi nombre.

BRAU. ¿Pues cómo?

MERC. Por mi apellido, y mejor de ninguna manera.

BRAU. Pero, Mercedes...

MERC. Soy la señorita de Fernández.

BRAU. Bueno; usted será todo lo Fernández que usted quiera, pero es imposible que la llame a usted así: «Fernández... oiga usted, Fernández...» Es un apellido muy respetable; pero no da idea de amor. ¿Cómo diablo voy a decir: «La adoro a usted, Fernández?...» No puedo inspirarme...

MERC. Ni es menester.

BRAU. Merceditas...

MERC. Ya le he dicho a usted una porción de veces que no estoy dispuesta a escucharle...

BRAU. Merceditas.

MERC. ¿Por qué me persigue usted? Yo soy una mujer honrada.

BRAU. Por eso. Las que no lo son nos persiguen a nosotros.

MERC. Hágame usted el favor de retirarse.

BRAU. Le suplico a usted respetuosamente unos minutos de conversación. En esto no hay ofensa.

MERC. Hable usted.

BRAU. (Sentándose.) Permítame usted que empiece.

MERC. Mamá va a venir.

BRAU. Su mamá de usted será una señora discreta.

MERC. ¿Quién lo duda?

BRAU. Pues entonces ya verá usted como no viene tan pronto.

MERC. ¡Caballero!...

BRAU. Siéntese usted, Merceditas...

MERC. (Sentándose.) A usted no es preciso invitarle.

BRAU. Son cinco pisos y me fatigaron las escaleras. Dispénseme usted el haberme sentado... y dispénseme usted también el fatigarme. Comprendo que no es muy airoso demostrar cansancio físico... pero puede haber disculpas.

MERC. Basta con que haya sillas.

BRAU. Conformes... por el momento.

MERC. Usted me dirá...

BRAU. Me llamo Braulio Jiménez del Portillo. Tengo cuarenta y cinco años.

MERC. ¿Hace mucho?

BRAU. Desde Octubre. Es una edad seria bastante lejana de la vejez.

MERC. Y de la juventud.

BRAU. Equidistante. Soy soltero. Tan soltero, que ni sobrinos tengo.

MERC. Es una desgracia para usted..

BRAU. Para ellos. Poseo una fortuna regular, una salud regular y un carácter...

MERC. Regular.

BRAU. Exactamente. Usted conoce, por mi insistencia, la profunda admiración que me causan sus cualidades físicas.

MERC. De algunas, lo sospechaba; de todas, no.

BRAU. Es usted muy modesta.

MERC. Es preferible.

BRAU. Además, la conceptúo a usted angelical.

MERC. Se engaña usted.

BRAU. Otra modestia. Y es verdaderamente sensible que una persona como usted, nacida en un ambiente de riqueza, no disfrute del que le corresponde.

MERC. No me quejo.

BRAU. ¿Y no lo piensa usted nunca?

MERC. Sueños de muchacha. Son tan baratos los viajes de la imaginación.

BRAU. Luego hay que volver a la realidad.

MERC. Eso es más caro, sí. Lecciones de piano, aporreo de teclas, solfeo con el metrónomo delante para medir bien el compás y en seguida, a escape, otra lección. Una existencia tan desprovista de variedad, que yo misma, en ocasiones, me figuro que soy un metrónomo. ¿Despacio? Redondas, blancas... ¿De prisa? Corcheas, fusas... ¿Más de prisa? Semifusas.

BRAU. ¿No se le ocurren a usted nunca fugas?

MERC. No, señor; esas las tengo en el método de Eslava nada más.

BRAU. Es un dolor que consuma usted así los años mejores, sacrificando juventud, talento, belleza...

MERC. Muchas gracias.

BRAU. No conocer las diversiones, ni el teatro...

MERC. Conozco la paciencia. Bien llevada, es casi una satisfacción.

BRAU. Y desde luego una virtud.

MERC. Entonces cuesta muy poco ser virtuosa... Pero usted me dirá el objeto de su visita.

BRAU. No es fácil. En este mundo son mucho más las cosas que se pueden hacer, que las que se pueden decir.

MERC. Espero ante esa dificultad, que ya tendrá usted la amabilidad de retirarse.

BRAU. Mercedes, la adoro a usted.

MERC. Es demasiado. (Burlona.)

BRAU. Rebajemos, Mercedes, la quiero a usted...

MERC. Gracias. (Seria.)

BRAU. Y vengo a poner a sus pies mi voluntad y mi fortuna.

MERC. (Pausa.) ¿Qué más?

BRAU. Nada más.

MERC. ¿Y el nombre?

BRAU. Por ahora, no... Más adelante, cuando nos conozcamos...

MERC. Pues mientras nos vamos conociendo, hágame usted el favor de irse retirando.

BRAU. Mercedes, no sea usted exagerada.

MERC. Hemos terminado.

BRAU. En mis palabras no quiso haber ofensa... Le suplico a usted que no se enfade...

MERC. No, si no me enfado ni me asusto. No es la primera vez que lo oigo, y esto de repetirlo tanto es el favor que ustedes los hombres ricos nos hacen a las mujeres pobres. Retírese usted, don Braulio; retírese usted, retírese usted... (Empujándole suavemente. —Vase don Braulio por la derecha.)

ESCENA VII

MERCEDES, en la ventana, diciéndole cariños al pájaro y moviendo la cabeza, rabiosa

MERC. Rico... Chiquito... ¡Si fueras tú como don Braulio!... Pero te tiene más ventaja no serlo, porque hoy te quedabas sin alpiste y sin plumas... Rico... Chiquito... ¿Quieres lechuga? Sólo por no ser hombre, la mereces. Voy a traerte una hojita... (Va a hacer mutis por la izquierda, y sale Ricardo por la derecha.)

ESCENA VIII

MERCEDES y RICARDO, por la derecha

RIC. (Suave.) Mercedes... Mercedes... (Mercedes, detenéndole y acercándose a Ricardo.) Vecinita, buenas tardes.

MERC. Buenas tardes, vecino.

RIC. Vengo a despedirme.

MERC. (Risueña.) Viene usted equivocado: al entrar no se despide a nadie.

RIC. Es que me marcho.

MERC. ¿Ahora mismo?

RIC. Mañana.

MERC. Antes pienso echarle a usted de aquí.

RIC. Al volver mi padre de la oficina nos enseñó el traslado: lo destinan a Valencia; tiene un mes de plazo para tomar posesión.

MERC. Un mes...

RIC. Para mí es un día; marcho mañana a buscar casa.

MERC. ¿Y no vuelve usted?

RIC. No vuelvo.

MERC. De manera, vecino...

RIC. De manera, vecina, que sabe Dios cuándo nos volveremos a ver, si es que nos vemos.

MERC. (Seria.) Ricardo...

RIC. (Triste, pero sonriendo.) Mercedes... (Pausa.)

MERC. (Risueña.) Que lleve usted muy buen viaje.

RIC. Eso es, que no descarrile el tren.

MERC. Ni usted.

RIC. A mí igual me da. Voy para obedecer y no volveré, porque me han dicho que en el ferrocarril hacen pagar los billetes.

MERC. (Siempre risueña.) Es una razón.

RIC. El dinero suele ser la razón de muchas ausencias y de muchos olvidos.

MERC. Y usted va dispuesto a olvidar... a olvidar Madrid.

RIC. Es lo prudente.

MERC. Si usted lo dice.

RIC. Figurémonos que dejase algo o alguien que pudiera interesarme.

MERC. Figurémonoslo.

RIC. ¿No sería ridículo que llevara conmigo esperanzas irrealizables? En el equipaje de un pobre, las ilusiones pagan exceso. Es mejor dejarlas.

MERC. ¿Mejor?

RIC. Indudablemente.

MERC. Le felicito a usted.

RIC. ¿Por qué he de abandonar mis ilusiones?

MERC. Sí; porque debe usted dejarlas... y porque puede usted dejarlas.

RIC. Es filosofía.

MERC. Y parece indiferencia.

RIC. Por fuera son iguales. Y lo de dentro, lo que uno piensa o sufre cuando dice sencillamente «adios»... dentro se queda.

MERC. ¡Qué mal arreglado está el mundo!

RIC. O por lo menos, ¡qué mal arreglados estamos nosotros!

MERC. Paciencia, vecino.

RIC. Paciencia, vecina... y demos gracias porque nos trasladan... Si fuese la cesantía...

MERC. (Seria.) Ricardo...

RIC. (Triste.) Mercedes... (Pausa. Esforzándose en aparentar indiferencia.) ¿Quiere usted algo para Valencia?

MERC. Nada, buen viaje y buena suerte, si es que sirve el desearla.

RIC. Dicen que sí.

MERC. Pues digámoslo. Buena suerte.

RIC. ¡Buena suerte, tener veintiocho años y no valer para nada! ¡Con mi carrera de abogado y siendo una carga para mis padres!... Hago oposiciones a cuantas plazas salen; no soy un vago ni un holgazán, porque me aprueban mis exámenes... (Desesperado.) ¡Y siempre aprobado y sin plaza! (Pausa. Tran-

quilo.) Perdóneme usted; me pongo ridículo. Despedidos ya.

MERC. Despedidos...

RIC. Aunque el tren no marcha hasta por la tarde, como a esa hora tiene usted sus lecciones...

MERC. Mañana quizás vuelva temprano, y si aun está usted aquí...

RIC. ¿A qué hora?

MERC. A las cinco.

RIC. (Pausa. Resuelto.) No; no estaré.

MERC. (Tímida.) ¿A las cuatro?

RIC. No; no estaré a las cuatro, ni a las tres...

MERC. Entonces...

RIC. Hasta que Dios quiera.

MERC. ¿Marcha usted solo?

RIC. Con un amigo... y tendré que consolarlo: se va muy triste.

MERC. (Algo burlona.) ¿Casado?

RIC. Soltero.

MERC. ¿Tenía novia?

RIC. No. Tenía un amor.

MERC. ¿Y ya no lo tiene?

RIC. Los que se apartan riñen siempre, aunque por el momento ellos mismos no sepan que han reñido. Mi amigo fué a despedirse...

MERC. Como usted.

RIC. A decirle adiós.

MERC. Como usted.

RIC. Y a no decirle nada más.

MERC. ¿Cómo... cómo no le dice que la quiere?

RIC. Porque es leal. Antes le faltó osadía para declararse, y ahora, al marchar, no sabiendo si volverá, cree que es villano formalizar compromisos y despertar amores.

MERC. ¿Tiene valor para callar?

RIC. Es más honrado y más noble llevarse una pena que repartirla sólo por el egoísmo de que alguien sufra con él. Si algún día tiene la fortuna de encontrar un pedazo de pan seguro, quizás vuelva, quizás pregunte...

MERC. ¿Quizás?...
RIC. ¡De fijo!
MERC. ¡Tal vez le aguarden!
RIC. ¿Tal vez?
MERC. Si merece esos respetos, aguardará seguramente.
RIC. Mercedes...
MERC. Ricardo... (Pausa.)
RIC. (Dándole la mano.) Adiós, vecina.
MERC. (Volviendo la cabeza emocionada.) Buen viaje, vecino.

(Vase Ricardo por la derecha: en la puerta se vuelve, mira y se inclina profundamente sin que ella le mire. Mercedes queda inmóvil, preocupada, y luego, despacio, se sienta absorta hasta el punto de no sentir a su madre, que entra por la derecha.)

ESCENA IX

MERCEDES y RITA

RITA (Acercándose). ¿Duermes, hija?
MERC. (Con un pequeño sobresalto). No, mamá.
RITA ¿En qué piensas?
MERC. En nada.
RITA Malo. El que se complace en estar solo y a obscuras, suele tener muy atropellados los pensamientos. Enciende, Mercedes, enciende. La luz es casi una medicina.
MERC. Por lo que cuesta.
RITA ¿No te encuentras bien?
MERC. Un poco cansada.
RITA ¿Trabajas demasiado.
MERC. No, mamá; aun puedo más. Aquí ha estado un señor...
RITA ¿Alguna lección?
MERC. Sí; una lección.
RITA ¿Y aceptaste?
MERC. No me convenía.
RITA Hiciste bien. Tienes que distraerte algo...

Bueno que no te parezcas a esas chiquillas alocadas, presuntuosas...

MERC. No es mérito. Yo aun no he tenido juventud.

RITA Por vosotras dos sentí más honda nuestra caída; sobre todo por ti, que ya estabas en edad de comprender la desgracia.

MERC. No lo recuerdes...

RITA Pero tú eres mi consuelo: tan formal, tan trabajadora, no viendo más que tus lecciones...

MERC. Eso no, mamá. Veo mundo, veo diversión, veo tentaciones... Esta noche se casa la señorita de Saavedra; en vez de lección de canto, pasamos la hora enseñándome su equipo.

RITA No es conveniente acercarse tanto al peligro...

MERC. No podía negarme. ¿No comprendes que una novia que enseña sus galas a la profesora de piano, la distingue mucho?

RITA Podías pasarte sin esa distinción.

MERC. Si la vieras cómo se recreaba entre aquellas preciosidades... joyas, trajes, sombrillas... tan nuevo, tan esplendoroso... pregonando el idilio... ¿Y la ropa blanca? A montones. Todo cifrado. Las iniciales de los novios enlazadas... una letra enroscándose en la otra, parecía que le estaba diciendo:—Así te abrazarán, así viviremos juntos, así es el matrimonio.

RITA Con cariño, eso es.

MERC. ¡Y pensar que sobra tanto en algunos sitios, y en otros serían felices con tan poco!...

RITA ¿Serás envidiosa?

MERC. No, mamá.

RITA No lo seas.

MERC. Y los aderezos, y los collares...

RITA ¿Querrías uno?

MERC. Un collar, no; el valor de uno, sí; tal vez fuese la felicidad de dos.

RITA ¿Tuya y de quién?
MERC. La tuya, mamá.
RITA Has dicho de dos.
MERC. Tú y yo.
RITA No sé por qué se me figura que en tu imaginación, contándome a mí, saldrían tres.
MERC. ¿Y si acertaras?
RITA ¿Estás enamorada?
MERC. ¿Sería pecado?
RITA El amor siempre es principio de pecado.
MERC. Pensando en casarme...
RITA Entonces es principio de penitencia.
MERC. ¡Mamá, que tengo veinticinco años!
RITA Entonces no podemos entendernos. ¿Quién es?
MERC. El vecino.
RITA ¿El del primero?
MERC. No.
RITA ¿El del principal?
MERC. No.
RITA Acaba, porque son cinco pisos... (Viendo el gesto de Mercedes, que señala al cuarto de al lado.) ¿Ricardo?... ¡Pero si no tiene una peseta!
MERC. Por eso no te dije que sentía avaricia, sino cariño.
RITA ¡Era lo que nos faltaba!
MERC. A mí, sí.
RITA ¿No te quiere tu madre?
MERC. ¿Y a ti, no te quiso la tuya?
RITA Pero eso no es porvenir.
MERC. No te apures, mamá. Siendo honrado y bueno el presente, llevamos ya ganada la mitad del porvenir. Hay justicia para todos.
RITA ¿Dónde?
MERC. En la tierra.
RITA Créelo.
MERC. ¿Me perdonas?
RITA ¡Qué remedio!
MERC. ¡Qué buena eres, mamá!...
RITA Sí, hija mía, muy débil.
MERC. ¡He dicho qué buena!
RITA Es lo mismo. Ya lo aprenderás.

ESCENA X

Dichas, PEPITO por la derecha

PEP. ¿Madre e hija abrazadas? ¿A qué acierto? Si hablaba la madre, perdón. Si hablaba la hija, confidencia.

MERC. ¿Es usted hechicero?

PEP. Si lo fuese, usted y yo seríamos pareja.

RITA Siempre tiene usted a punto un piropo.

PEP. Y éste es nuevo. Llegó ayer de París... en *El Fígaro*. Casi lo estrena Merceditas.

RITA ¿Qué locura ha sido esa de comprar las gafas a Esperanza?

PEP. Un capricho... no vale la pena.

RITA ¡Si es que no las necesita!

PEP. Por eso es capricho. Supongo que las lucirá...

MERC. Ha vuelto a salir.

RITA ¿Qué buen aire le trae a usted por aquí, Pepito? Porque ahora le vemos a usted muy poco.

PEP. Aire de minué. Traigo un encargo para ustedes. Mis distinguidas amigas las señoritas de Poquita cosa...

RITA ¿Las de qué?...

MERC. Las de García Sanjorge.

PEP. Ese es el apodo, aunque ellas aseguran que es el apellido del padre. Por García Sanjorge nadie las conoce; pero, en cambio, pregunte usted a cualquiera, a las seis de la tarde en la Carrera de San Jerónimo, por las de Poquita cosa, y no tardarán mucho en enseñarle a las tres hermanas y a la madre, paseando en un cajón, que le llaman coche porque tiene ruedas.

RITA ¿Qué dirá usted de nosotras?...

PEP. Nada.

MERC. Y será lo más piadoso.

PEP. (Riendo.) Mala persona lo soy, pero ustedes me juzgan con benevolencia...

MERC. (Dándole la mano.) Ganas de hablar... Ojalá fuesen todos como usted, Pepe.

PEP. Reconciliados... y agradecido. Vamos con mi encargo. La Poquita cosa, madre, quiere distraer a las Poquitas cosas, hijas... especialmente a la pequeña, Juanita, que está desconsolada.

RITA ¿Algún desengaño?

PEP. Horrible. Se enamoró de un automovilista que paseaba diariamente por su calle: él la correspondía, y entre las miradas incendiarias de aquel muchacho, el olor a petróleo y el quejido desgarrador de la bocina, pah, pah, pah... se nos mareó la pobre Juanita...

RITA Estos coches sin caballos son una diablura.

MERC. Pero ¡qué bonitos son!...

PEP. Hace pocas tardes se puso al pie de su balcón un joven muy elegante. Juanita no le hizo caso. Anochecido, el joven se acercó, enseñándole una carta, y Juanita, fiel a su pasión, cerró con rabia la ventana.

RITA Bien hecho.

PEP. Al día siguiente, carta. «Señorita: Me creí autorizado por sus miradas; pero el desprecio de ayer me desengañó. Deseando, aún en esto, complacerla a usted, desde hoy no volveré a molestarla ni con el ruido del motor.»

RITA ¿Era el mismo?

MERC. ¿Y no le conoció?

PEP. No llevaba el traje de *chauffeur*, y sin traje, Juanita no distingue a los hombres.

MERC. ¿Qué amor era ese?

PEP. Despues me lo confesó en secreto. De quien estaba enamorada era del automóvil.

RITA Pepito... ¿y el encargo?

PEP. Se proponen bailar un minué, y ofrecen

veinte duros por tres o cuatro ensayos, y diez duros la noche del baile. Me acordé en seguida de Merceditas, y si conviene...

RITA ¡Ya lo creo!

PEP. Quise venir ayer, pero me fué imposible por el Ministerio.

MERC. ¿Está usted empleado?

PEP. De plantilla; no; aunque van a buscarme una plaza tranquila... Paco se ha empeñado en que le acompañe, y como somos tan amigos no pude negarme.

MERC. ¿Quién es Paco?

PEP. El nuevo Director de Instrucción pública.

RITA ¿Usted qué es?

PEP. Yo soy el director de Paco.

MERC. ¿Tendrá usted mucha influencia?

PEP. Mucha, y por poco tiempo: esto es lo ministerial.

MERC. ¿Teme usted que lo cambien pronto?

PEP. A mí, no; cambiarán a Paco, y esto basta para que gire yo, si no me apresuro a encontrar un hueco confortable... Todos los días, al entrar en su despacho, le pregunto: «¿Aun somos Directores?...—Sí, hombre.—Pues vamos a dirigir algo.» Y se redacta una circular... para que la archiven; pero siquiera consta su nombre en algún documento. La redacta el Jefe del negociado, la pone en limpio un escribiente, y la firma Paco... Después dicen los periódicos que Paco es muy trabajador.

RITA Ya habrá en el Ministerio quien no haga otro tanto.

PEP. De fijo; pero Paco aun no tiene categoría para ser holgazán... Ahora estamos con un plan de enseñanza. Si no cae el Gobierno, el año que viene los chicos aprenderán un curso de Historia comparada de las revoluciones obreras.

RITA ¿Y eso qué es?

PEP. Una asignatura.

MERC. ¿Necesaria?

PEP. Muy, muy necesaria... yo no diré que lo sea, pero un íntimo amigo mío ha escrito esa obra; no la vende, lo necesita, y la mejor manera de favorecerle es declarando la obra de texto; y, naturalmente, hay que incluir en el plan la asignatura.

MERC. Es un trabajo enorme.

PEP. Una línea.

MERC. Para los chicos...

PEP. Para los chicos, que no se la aprenderán, como las demás asignaturas, nada; para los padres, un pequeño gravamen por las matrículas; pero con una insignificancia de cada cual hacen feliz a mi amigo... que es lo que se trataba de demostrar.

RITA No es mucha razón la de la amistad...

PEP. Si cada resolución oficial hiciese un hombre feliz, todos los españoles seríamos dichosos.

MERC. Y a usted le sería muy difícil un destinillo...

PEP. Bastante.

MERC. Para un abogado...

PEP. Todos lo somos.

MERC. Tres mil pesetillas...

PEP. ¡Imposible!

MERC. Dos... mil quinientas...

PEP. ¿Interesa mucho?

MERC. Mucho.

PEP. ¿Muchísimo?

MERC. Muchísimo.

PEP. ¿A nombre de quién?

MERC. De Ricardo Carrascosa.

PEP. ¿Y ese Ricardo qué es de usted?

MERC. Haga usted el favor completo. Sin preguntas.

PEP. ¿Sin preguntas? Deben ser dificultosas las respuestas.

MERC. ¿Palabra?

PEP. Palabra.

MERC. (Conmovida.) ¡Gracias!...

PEP. ¿No tendrá ninguna obra escrita? Podríamos incluirla en el plan de enseñanza...

RITA Es usted muy bueno, Pepe.

PEP. Veremos cuando llegue mi turno si me cree ustedes tan bueno.

MERC. ¿Nosotras qué podemos hacer?

PEP. ¿Quién sabe?... Y Esperanza, ¿no vendrá?

RITA En seguida.

PEP. La esperaré... para saludarla.

ESCENA XI

DICHOS, CARRASCOSA, por la derecha

CAR. ¿Dan ustedes su permiso?

RITA (Adelantando.) ¿Qué hay, mi señor don Roque?

CAR. Nada, mi señora doña Rita.

RITA ¿Habló usted con el Ministro?

CAR. No señora. ¿Usted cree que se puede hablar con un ministro?

RITA ¿Perdió usted el tiempo?

CAR. No del todo. He conocido al portero mayor, que es muy amable. Me dijo que no volviera por allí... pero, vamos, como favor, para que no me molestase. Yo le fuí muy simpático.

RITA Se conoce...

CAR. Cuando el pretendiente no inspira simpatías le aconsejan que vuelva, para aburrirlo.

RITA ¿Por qué no va usted directamente a casa del Ministro?

CAR. Ya sé cómo las gastan. En el Ministerio dicen que no recibe, y en casa dicen que no está. Se adelanta igual.

MERC. (A Pepito.) ¿Oye usted? ¿Son ustedes así?

PEP. (A Carrascosa.) ¿Qué le pasa a usted, buen hombre?

CAR. Pues eso, que soy bueno. Calcule usted las

calamidades que habrán caído sobre mí para que se note a primera vista.

MERC. Lo trasladan.

PEP. ¿Y no quiere usted ir?

CAR. (Con ironía.) ¿No he de querer? El sueldo llega bien para los viajes, y con lo demás, comemos.

PEP. ¿Qué es lo demás?

MERC. Nada.

CAR. Pero, en fin, con tal de que no se molesten los peces gordos, es natural que nos vayamos reventando los pequeños.

PEP. ¿Y usted, dónde presta servicio?

CAR. Me mandan a Valencia.

PEP. ¿En qué ministerio?

CAR. Instrucción pública.

PEP. En el mío.

CAR. (Espantado.) ¡El señor Ministro!

PEP. Todavía no.

RIFA Secretario del Director.

CAR. ¡Cielo santo! Yo que hablé en términos tan irrespetuosos...

PEP. ¿Y dice usted que no le reciben?

CAR. (Disculpándose.) No, señor... es que no lo intenté realmente. Reciben, reciben... Son muy amables.

PEP. Un buen funcionario no debe entorpecer la máquina administrativa. Si todos se negasen a salir de Madrid, ¿quién trabajaría en provincias?

CAR. Conformes, conformes... en que marche bien la máquina... y yo que ando la mitad del año en ferrocarril...

PEP. ¿Qué pretexto alegaba usted para evitar el traslado?

RIFA Diez mil reales para cinco personas.

MERC. ¿Y aun quiere usted que busque pretextos?

PEP. En su caso hay muchos y se consideran satisfechos.

CAR. Como yo. Al recibir el nombramiento me faltó muy poco para bailar.

RITA (Aparte.) ¿Aun tiene usted buen humor?...

CAR. (Aparte a Rita.) ¿Delante de un jefe? ¡Ya lo creo!

MERC. (Aparte a Pepito.) ¿No podría usted hacer algo en su obsequio?

PEP. ¿Quién es ese tipo?

MERC. El padre de Ricardo.

PEP. ¿De Ricardo? ¿De aquel que yo no puedo preguntar lo que es de usted?

MERC. De ese mismo.

PEP. ¿Y también interesa mucho? ¿Sencillamente que no le trasladen?

MERC. No pide más... ¡Es bien poco!

PEP. Bueno... quedará usted complacida.

MERC. Bendecirán el nombre de usted.

PEP. Falta hace... (A Carrascosa.) Oiga usted, hombre de Dios, ¿qué diablura es esa de irse a Valencia?

CAR. No lo sé.

PEP. Usted no se marcha.

CAR. Hasta el día treinta.

PEP. Usted no se marcha, digo, y si me replica usted, le asciendo.

RITA Replíquele usted, don Roque, replíquele usted.

CAR. ¿Será posible? ¿No me trasladarán? Es usted tan bueno, tan santo...

PEP. El santo de este milagro tiene faldas.

CAR. Mercedes... ¿Es usted la que nos favorece, Mercedes?

PEP. Sí, hombre, sí; la misma que consiguió un destino para Ricardo.

CAR. ¿Un destino a mi Ricardo? ¿No es burla? ¿Y nos quedamos en Madrid? ¿No es burla, verdad? ¿Lo puedo decir?

PEP. Palabra de honor.

CAR. (Atortolado, yendo de uno a otro lado.) Doña Rita... Mercedes... Merceditas... Don... don... ¿usted cómo se llama?

PEP. Pepe.

CAR. Don Pepe...

PEP. Que sea enhorabuena.

CAR. Doña Rita... Mercedes... Don Pepe...
RITA ¿Qué, don Roque?
CAR. (Marchándose.) ¡Ricardo... Dolores... Ricardo... Ricardo!... (Vase por la derecha.)

ESCENA XII

DICHOS, menos CARRASCOSA

RITA ¡Qué poco cuesta hacer bien!...
PEP. Es la primera vez que me alegro de ser ministerial...
MERC. ¿Ves cómo hay justicia en la tierra, mamá?
RITA Será justicia; pero también parece favor.
MERC. Es usted muy bueno, Pepito.
PEP. Todos somos muy buenos. La bondad es contagiosa... No se lo diré al médico; sería capaz de atribuirlo a algún microbio.

ESCENA XIII

DICHOS, ESPERANZA, por la derecha

ESP. La tía Filomena viene conmigo.
RITA ¿A qué vendrá?
MERC. (A Esperanza.) ¿Sabes que Pepito va a darle un destino a Ricardo?
ESP. ¿Quién se lo ha recomendado?
MERC. Yo.
ESP. (Riéndose.) ¡Magnífico!
MERC. ¿De qué te ríes?
PEP. (Despidiéndose.) Hasta mañana... Ya tienen ustedes visita... Adiós, Esperancita...
ESP. (Riendo.) Eres un amigo fantástico.
PEP. ¿Por qué?
ESP. Vete con Dios.
PEP. Mañana lo hablaremos. (Vase por la derecha.)

ESCENA XIV

DICHAS, menos PEPITO

MERC. ¿Quieres decirme de que te ríes?

ESP. Sólo a ti se te ocurre pedirle algo a Pepito para Ricardo.

MERC. ¿Por qué no?

ESP. No te hagas la disimulada... ¿No sabes que Pepito está enamorado de ti?

MERC. ¿De mí?

ESP. Y aprovecharse de un enamorado para favorecer otro amor, no lo hace más que una persona seria... como tú. ¡Déjame reir!

RITA La tía Filomena.

ESP. (Llevándose a Mercedes.) Escapemos. (Vanse por la izquierda. Pausa. Entra Filomena por la derecha.)

ESCENA XV

RITA y FILOMENA

FIL. Buenas noches, Rita.

RITA Buenas noches, Filomena. ¿Y mi hermano?

FIL. ¿Mi marido?

RITA ¿No es el mismo?

FIL. Sí. Está bien. No sabe que he venido.

RITA ¿Lo ocultas?

FIL. Se lo diré luego. Encontré a tu hija Esperanza... y con ella he venido, aunque subió más ligera.

RITA Para avisarnos.

FIL. ¿Y evitar la sorpresa?

RITA Pues no lo ha conseguido. Te agradezco y me alegro de tu venida, pero...

FIL. ¿Te extraña?

RITA Un poco. Hace ya un año que no hablé contigo.

FIL. No puedo venir. Tomás se enfadó mucho al ver que renunciabas lo que voluntariamente y gustoso pasaba para ayuda de vuestros gastos.

RITA No tiene razón Tomás. Acepté mientras hizo falta: hoy que Mercedes gana lo bastante para sostener la casa, no debemos ser gravosos.

FIL. Orgullo.

RITA No: consideración.

FIL. Orgullo.

RITA Es muy difícil ver las mismas cosas colocándose en sitios distintos.

FIL. ¿Y a ti te parece que es correcto lo que hacéis?

RITA ¿Correcto? Tú dirás por qué no, Filomena.

FIL. Ir de casa en casa solicitando lecciones de piano para Mercedes y ahora de profesora de inglés, quizás de institutriz o de señorita de compañía para Esperanza... ¡Niégalo!

RITA ¿Por qué lo voy a negar? Sería preferible tener una renta...

FIL. Tienes una pensión. Tomás comprende que vuestros gastos aumentaron, y está pronto a facilitarte cincuenta duros mensuales. Con esa cantidad, y en provincias, podéis pasarlo muy decentemente.

RITA Le agradezco mucho a mi hermano, y a ti, que estéis dispuestos a socorrernos... y a alejarnos de Madrid; pero no lo acepto.

FIL. Orgullo.

RITA Ya hemos quedado en que sí.

FIL. Y además, poco cariño para con tus hijas.

RITA Eso lo reconozco. Las quise muy poco de pequeñas mientras no las enseñaba más que a comprarse trajes y a engalanarse para fiestas y paseos... pero desde que las enseño a valerse por sí mismas y a no tem-

blar de miseria porque se encuentren sin padre o sin marido, estoy convencida de que las quiero bien y de que las quiero mucho.

FIL. Es ridículo que rechaces la oferta generosa de Tomás.

RITA Si no la rechazo. ¿Puede y quiere? ¡Dios se lo pague!

FIL. Al fin vienes al buen camino. Mañana te traeré yo la primera mensualidad: dí a las niñas que se acabaron sus correteos y sus lecciones.

RITA ¡Eso no! Seguirán trabajando... que favor constante de otro es humillación continua de uno mismo, y no quiero exponerlas a que un día se les acabe la merced...

FIL. ¡Eso es dudar de nosotros!

RITA ¿Y si vosotros desaparecéis? No, Filomena; que trabajen: quien no sabe más que recibir, no sabe defenderse.

FIL. Es un bochorno que vayan solas por esas calles, como si fueran...

RITA Dilo.

FIL. Como si fueran lo que no puedo decir. Nadie se encuentra libre de murmuraciones, y a las solteras les hacen muchísimo daño.

RITA ¿Y a las casadas no?

FIL. Le hacen más daño al marido. Es en lo único en que está bien entendido el matrimonio.

RITA Dispénsame que no piense como tú.

FIL. Es que no sois vosotras solas en el mundo, y alguna atención debéis guardar a los parientes. Comprende que es una vergüenza ir de visita a la misma casa donde está una sobrina carnal de institutriz.

RITA El que un pariente se muera de hambre en Sevilla o en Badajoz ha de ser menos doloroso que encontrarlo ganándose honradamente la vida...

FIL. Parece que lo hacéis a propósito para mortificarnos.

RITA Si en alguna casa te mortifica, prescindiremos de ella.

FIL. En todas, porque como eso se sabe y se dice...

RITA De todas ya no puedo ofrecerte retirarnos.

FIL. Pues entonces no contéis nunca con Tomás ni conmigo.

RITA Ya no contamos.

FIL. Sois muy soberbias.

RITA Perdóname que...

FIL. (Secamente.) Adiós, Rita.

RITA Adiós, Filomena.

FIL. Despídeme de las niñas. (Vase por la derecha).

ESCENA XVI

RITA, ESPERANZA y MERCEDES, por la izquierda

MERC. ¿Qué te ha dicho?

ESP. ¿Qué quería?

RITA Lo de siempre. A quejarse de que trabajéis como pobres en el mismo sitio donde ella se divierte como rica...

ESP. Es muy graciosa la tía Filomena.

ESCENA XVII

DICHOS, CARRASCOSA y RICARDO, por la derecha

CAR. (Empujándole suavemente.) Anda, anda, dale las gracias. (A Rita.) Mi mujer, que la dispense usted un instante: se está vistiendo.

RITA Pero, hombre...

CAR. No pude convencerla de que viniese tal cual estaba. Dice que para recibir una buena noticia hay que ponerse la mejor ropa... Una coquetería de vieja...

MERC. Ricardo...

RIC. ¿En el Ministerio tiene usted un amigo que hace favores?

MERC. Sí. Y tengo otro amigo que cuando los recibe, para no ser agradecido se muestra receloso.

RIC. Yo debo saber por dónde viene a mí este favor...

MERC. Es usted injusto, Ricardo. ¿Por qué ha de venir siempre la felicidad por revueltas y por atajos?... Muchas veces permite Dios que llegue por el camino real a toda luz.

RIC. ¿Como ahora?

MERC. Como ahora.

RIC. ¡Es que la quiero a usted, Mercedes.

MERC. Quiérame usted, Ricardo. ¡Y cuidadito! Para la vida el amor es mucho, pero la confianza es otro tanto.

ESP. (A Carrascosa.) ¡Que sea enhorabuena!

RITA ¡Enhorabuena!

CAR. Ya lo creo, y muy grande. ¡Después de tantos años de penas y de privaciones hoy es un día feliz!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, RESTITUTO, por la derecha

RES. ¡Por fin ha sonado la hora de la justicia!

CAR. ¿Ya está usted enterado?

RES. De los primeros. ¡Qué alegría!

CAR. (Cogiéndole las manos.) ¡Gracias, gracias!

RITA ¡Somos muy dichosos!

RES. ¡Por fin ha caído el Gobierno!

RITA ¡Virgen Santísima!

MERC. (Corriendo a Restituto.) ¿Qué dice usted?
ESP. ¿Que hay crisis?
CAR. (Resignado.) ¡Que hay fatalidad!
RES. ¡Que hay justicia!
RITA ¿Pero dónde?
(Todos quedan rodeando a Restituto. Roque solo, a la derecha, triste. Gran animación.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración y los mismos muebles del acto primero. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CARRASCOSA, escribiendo al lado de la ventana. Pausa. RESTITUTO entra por la derecha

RES. Estaba seguro de encontrarle a usted aquí.

CAR. Hay mejor luz.

RES. En cualquier lado. La de casa es la que alumbra siempre menos. ¿Se adelanta?

CAR. Terminándolo ya de copiar.

RES. Me da grima verle a usted en esa tarea ridícula. Y usted trabaja como si la vida ministerial fuese eterna.

CAR. No hay más remedio, amigo don Restituto.

RES. Porque usted es un infeliz, amigo don Roque.

CAR. Me lo llaman, pero no lo merezco. En cambio a otros...

RES. No se atreven a decírselo siquiera... y si lo piensan, peor para ellos. Desprecio las opiniones ajenas.

CAR. Hace usted mal, por lo menos mientras no se decida usted a tenerlas propias.

RES. Se figura usted que hablo por boca de...

CAR. De sus amigos, evidente.

RES. Trabaje, trabaje... Usted es un empleado de carga, y, como todos los de su especie, no necesita usted enterarse del dueño a quien obedece.

CAR. Que me mande Juan o me mande Pedro, ¿que más da?

RES. La cuestión religiosa se complica y la crisis es inevitable.

CAR. (Riendo.) ¿Crisis?

RES. Sí, señor; total e inmediata.

CAR. Ya nos dió usted el susto una vez; no es cosa de que pasemos los días intranquilos.

RES. Ahora es inevitable. En lo interior no hay más que huelgas y motines, y en la política colonial es un verdadero desastre: descuidan Marruecos, cuando indiscutiblemente nuestro porvenir está en Africa.

CAR. El de usted, es muy posible: el mío, no.

RES. ¡Claro! Usted se quedó en Madrid, el chico empleado, el matrimonio con Mercedes dentro de un mes... ¡El mundo marcha bien! Tiene usted una suerte, amigo Carrascosa; pero una suerte...

CAR. Dispénseme usted.

RES. Y a mí hasta en lo pequeño me persigue la mala estrella. Salgo una tarde de paseo, y llueve; voy una noche al teatro, y desafinan las tiples...

CAR. Eso, aunque usted no vaya.

RES. En fin, estoy convencido de que entre la fatalidad y nosotros hay una línea recta.

CAR. Y otra para la suerte.

RES. ¿De veras?

CAR. Indudablemente; ya ve usted conmigo...

RES. Usted es un bendito.

CAR. No me opongo.

RES. Hace usted perfectamente en aprovecharse de las circunstancias, y si son rectas o curvas, es una gran filosofía no averiguarlo.

CAR. ¿Usted quiere decir algo?

RES. Como siempre que hablo.

CAR. Pues dígalo usted.

RES. ¡Nada! ¡Que sea enhorabuena por todas esas felicidades! Cuide usted al hijo, cuide usted a Mercedes, cuide usted a ese don Pepito, que es un buen amigo, y ellos ya se cuidarán de usted.

CAR. Me parece que pone usted alguna malicia en sus palabras...

RES. Cuando no se entienden, las malicias son inocentísimas.

CAR. Me hace usted cavilar, don Restituto.

RES. Se desnaturaliza usted, don Roque. Usted ha nacido para aceptar los hechos consumados, sin preocuparse de las causas. Continúe usted así.

CAR. Don Restituto, don Restituto...

RES. Y, además, lo que no puede demostrarse con certificados, no debe decirse, para no pasar plaza de embustero.

CAR. Basta con insinuarlo... Hace el mismo daño y es más prudente. Se evita uno la respuesta.

RES. A mí no me preocupa nunca lo que puedan responderme.

CAR. No lo digo por usted... lo digo por todos...

RES. Eso es distinto.

CAR. No mucho.

RES. ¿Viene usted?

CAR. Todavía no. He de llevar esto concluído.

ESCENA II

DICHOS, RITA, por la izquierda

RES. Pues yo me largo.

RITA Usted siempre de prisa. (Saludándole.)

CAR. Como si tuviera algo que hacer.

RES. Los desocupados somos la animación de

las calles. Me voy a ver cómo sigue ese fuego.

RITA ¿Qué fuego?

RES. Ya deben ir quemadas un par de manzanas de casas... en la calle del Almirante.

RITA ¡Ay, Dios mío!... ¡Y mi hija que está allí... en el número 12! (Vase rápidamente por la izquierda.)

ESCENA III

RESTITUTO y CARRASCOSA

CAR. ¡Buena noticia ha dado usted!... ¿Pero es seguro, eh?

RES. Seguro que hay fuego...

CAR. ¿Usted lo ha visto?

RES. Verlo, no. Vi correr los bomberos en esa dirección, y he calculado...

CAR. ¡Doña Rita!... ¡Doña Rita!... (Llamándola.)

ESCENA IV

DICHOS, RITA, por la izquierda

RITA ¿Qué?

CAR. Tranquilícese usted, señora. No sabe dónde es el incendio.

RITA Lo dirá para que me sosiegue...

CAR. No lo sabe. Si lo supiese, la veracidad de una noticia vale más que todas las intranquilidades que se pueden causar.

RES. He visto correr los bomberos en aquella dirección.

CAR. ¡Y lo mismo puede ser catorce kilómetros más allá! Lo de la calle del Almirante no

ha sido sino para darle carácter local y de mayor impresión.

RITA Me dió usted un susto...

RES. Sin intención.

CAR. Las tres cuartas partes de las noticias son por el estilo: un poco de verdad y otro poco de fantasía para adornarlas. Lo oye quien no le importa, y adelante; le interesa a alguno de los presentes, se rectifica y adelante también.

RES. Pues ahora he de enterarme.

CAR. Sí, hombre, sí; entérese usted.

RITA Antes de volver a contarlo.

RES. Y a la noche les diré más detalles.

RITA Hasta la noche. (Vase Restituto por la derecha. Carrascosa vuelve a sentarse tranquilamente.)

ESCENA V

CARRASCOSA, RITA y CRIADA

CAR. Acabaremos nuestro trabajo.

RITA ¡Cuánta gente da disgustos sin creer que los da! (Sale la Criada por la derecha y entrega una tarjeta a Rita.) ¿Para mí? ¿Quién es?

CRIADA Un caballero muy decente. Lleva levita y chistera.

RITA Dile que pase.

CRIADA ¿Le cogeré el bastón y el sombrero?

RITA No, no le cojas nada. (Vase la Criada por la derecha. Leyendo.) Braulio Jimenez del Portillo... (Mira a Carrascosa preguntando, y éste se encoge de hombros.)

CAR. ¿Estorbo?

RITA No.

ESCENA VI

DICHOS, BRAULIO, por la derecha

BRAU. Señora...

RITA (Invitándole a sentarse.) Caballero...

BRAU. (Hace un signo de contrariedad al ver a Carrascosa, se inclina ceremonioso, y se sienta luego.) ¿Usted es la mamá de Mercedes? Tengo una verdadera satisfacción en ponerme a sus pies. (Se inclina.)

RITA (Deteniéndole.) ¡No, por Dios!...

BRAU. Ya conoce usted mi nombre...

RITA El de la tarjeta.

BRAU. Es el mío. Soy el propietario de Villa-Portillo, un pueblecito donde he fundado una colonia veraniega. Allí hay mucha agua...

RITA Podrán ustedes embarcarse: a mí me encanta.

BRAU. Perdone usted; es agua mineral.

RITA Entonces podrán ustedes beberla.

BRAU. Sí, señora; es magnífica. Un negocio admirable en perspectiva. Además, el clima de sierra tan sano, tan... ¿No habrá inconveniente en hablar delante de este caballero?

RITA Ninguno. Ya ve usted que él tampoco lo ha tenido para quedarse.

BRAU. Ya lo veo. ¿Es de confianza?

RITA Intimo nuestro. Don Roque Carrascosa... El señor... Braulio... (Mirando la tarjeta.)

BRAU. Jimenez.

RITA Jimenez, efectivamente. (Se saludan Braulio y Roque con una inclinación.)

BRAU. Pues bien: tenemos un Casino, un salón donde se reunen los bañistas. He comprado un piano, y desearía amenizar las veladas. Me hablaron de su hija de usted con tales elogios...

RITA Es muy buena.

BRAU. ¿Artísticamente?

RITA También. No debía decirlo...

BRAU. ¿Qué tiene de particular? Yo la alabaría igual si tuviera una hija.

RITA ¿Que tocase el piano?

BRAU. Aunque no lo tocase. Las alabanzas de los padres siempre suenan a cariño, y eso es muy disculpable y muy hermoso.

RITA No sospechan los hijos el amor que se les tiene... Hace dos años estuvo Mercedes enferma, y la idea de quedarme sin ella...

BRAU. ¡Oh! ¡Es horrible!

RITA ¿Usted ha perdido alguna hija?

BRAU. Mía no, señora; soy soltero. He perdido a la hija de un amigo, a quien quería como propia.

RITA No es lo mismo.

BRAU. Pero ya es bastante para comprender el dolor del padre. (Pausa.) Desearía que Mercedes aceptase mi ofrecimiento. Son dos meses y medio: de primero de Julio a quince de Septiembre. Partiendo de la base de que usted la acompañaría, desde luego pueden contar con casa.

RITA No sé si Mercedes...

BRAU. Aceptará lo que usted disponga.

RITA Pero debo consultarla.

BRAU. Muy justo. Y en cuanto a honorarios, ya nos pondríamos de acuerdo.

RITA (Alzando la voz.) ¿Ha oído usted, don Roque?

CAR. No, señora.

BRAU. (Aparte a Rita.) Es muy discreto el señor Carrascosa.

RITA Muy discreto... y un poquito sordo.

BRAU. ¡Ah!...

RITA (A Carrascosa.) Se lo explicaré a usted luego.

BRAU. Hasta por la salud creo que les convendría a ustedes aceptar. El clima de sierra...

RITA Lo hablaremos.

BRAU. Volveré luego a saber la respuesta.

RITA Cuando usted quiera.

BRAU. Con su permiso...
RITA Beso a usted la mano.
BRAU. (A Roque.) Señor mío... (A Rita.) A los pies de usted. (Vase por la derecha.)

ESCENA VII

CARRASCOSA y RITA

RITA Nos propone que vayamos a veranear.
CAR. ¿Todos?
RITA Naturalmente. Ha dicho que tendremos casa. Es el propietario de un pueblo y quiere que Mercedes toque el piano en el Casino.
CAR. ¿Y nos lleva a todos? Pues no parece un propietario... A no ser que se haya vuelto loco o esté enamorado.
RITA Los hombres siempre ven ustedes malicias...
CAR. En fin, mejor para ustedes. Yo iré los días festivos... Pero, ¿y Ricardo consentirá?
RITA Con licencia.
CAR. De otro modo imposible. De recién casados no aceptará una separación. Acuérdase usted de los buenos tiempos, doña Rita.
RITA ¿Para qué?
CAR. Para recordarlos.
RITA ¿Nada más?
CAR. Nada más.
RITA Pues no vale la pena.
CAR. La boda de los hijos rejuvenece un poco a los padres.
RITA No se le nota a usted.
CAR. Es por la imaginación solamente.
RITA No es mucho.
CAR. Pero es algo.
RITA Vaya, vaya... Usted tiene ganas de bromas. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII

CARRASCOSA sigue escribiendo. RICARDO por la derecha

RIC. ¿Está Mercedes?

CAR. No; no ha vuelto aún.

RIC. Es que tengo que hablar con ella.

CAR. Bueno, pues habla conmigo, o con su madre, o con el pájaro.... o habla solo, porque Mercedes no está en casa.

RIC. Es preciso que hable con ella.

CAR. Pues ten paciencia y aguarda. ¿No hay oficina?

RIC. He salido antes de la hora.

CAR. ¿Por qué?

RIC. Me mortifica la conversación de mis compañeros.

CAR. Al revés que a tus compañeros. (Pausa.) (Ricardo parece nervioso.) ¿Has visto un anuncio en *El Imparcial?* ¿Tampoco lees los periódicos? ¿Qué haces en la oficina?

RIC. Trabajar.

CAR. ¡Ah! sí; está bien. Anuncian un saldo de telas: podríamos encontrar algo que nos conviniese. (Pausa.) Oye, supongo que habrás pedido permiso para retirarte temprano.

RIC. No.

CAR. Mal hecho. Te expones a una reprimenda.

RIC. No pienso volver.

CAR. (Brincando.) ¿Eh? ¿Estás loco?

RIC. Aun no.

CAR. Pero... ¿qué dices? Explícate.

RIC. Que no me agrada el destino que tengo y renuncio para estudiar más libremente y hacer oposiciones.

CAR. ¿Qué te pasa?... (Abrazándole afectuoso.) ¿Qué te pasa, Ricardo?

RIC. Nada.

CAR. ¿No merezco una explicación?

RIC. Son más fuertes que yo.

CAR. ¿Quiénes?

RIC. Todos. Los compañeros, los amigos, los vecinos... y las vecinas.

CAR. Sí, hijo, sí; reconócelo. La mujer es infinitamente más fuerte que el hombre, y en todo tiempo han sido superiores a nosotros. Para contenerlas un poco, el hombre ha inventado la virtud; pero la mujer inventó el matrimonio... y hemos salido perdiendo.

RIC. No puedo aguantar más en la oficina.

CAR. Lucha, defiéndete...

RIC. ¿Y quién lucha contra las palabras de doble sentido, contra los silencios mortificantes, contra los plácemes burlones?...

CAR. Despréciala.

RIC. No puedo.

CAR. Eres muy joven.

RIC. Tampoco puedo evitarlo.

CAR. Piensa mucho lo que haces y no te dejes arrebatar...

RIC. Mercedes me dirá lo que debo hacer.

CAR. ¡Qué mal camino llevas! Oye un buen consejo: no preguntes. Contra las murmuraciones y las hablillas no hay más que un arma: ¡la risa!

RIC. ¿Y cuando no se puede reir?

CAR. Aguardar. El tiempo es amigo de la verdad.

RIC. Hoy sabré lo que hay de cierto.

CAR. ¿En qué?

RIC. Perdona que no te lo diga.

CAR. Y sabiéndolo, falta que lo creas.

RIC. Yo exigiré una prueba tal...

CAR. Eso es... y seguramente otra prueba igual tendrás de tu sospecha.

RIC. Si la tuviera no preguntaría.

CAR. Bien, hijo, bien. Para la calumnia te basta conque la digan: para lo honrado, necesitarás pruebas...

RIC. No me martirices tú...

CAR. No te detengo; la juventud ha de seguir su rumbo irreflexivo. Haz lo que quieras. Ya sé que mis palabras no te contendrán.

RIC. Vámonos.

CAR. ¿No te quedas?

RIC. No; no quiero ver a nadie antes de que hable con Mercedes.

CAR. Vámonos. Pero no te olvides de que la calumnia no hace daño por quien la propala, sino por quien la cree.

RIC. Vámonos. Esperaré abajo. (Vase por la derecha, rápido.)

ESCENA IX

CARRASCOSA, RITA, por la izquierda

RITA ¿Era Ricardo?

CAR. Sí, señora... ¡Hay mal viento!

RITA ¿Qué tiene?

CAR. No lo sé de fijo. Algún cuento que llegó a sus oídos.

RITA ¿No se lo ha dicho a usted?

CAR. No. Los muchachos piensan que la primera demostración de ser hombre y valerse por sí mismos, es ocultarse de los hombres en todo lo grave. Todos hicimos lo mismo... Quede usted con Dios. (Vase por la derecha.)

ESCENA X

DICHA, ESPERANZA, por la izquierda

ESP. ¿Quieres algún otro recado, mamá?

RITA Procura ser respetuosa, no te rías.

ESP. Descuida, seré un poste. Pero no me admitirán tampoco en esa casa. Voy por complaceros, a sabiendas de no alcanzarlo.

RITA Es preciso, hija. Mercedes trabaja con exceso y tú debes contribuir al sostenimiento de todos.

ESP. Voluntad no me falta, pero indudablemente no he nacido para sostener a nadie. Si hubiese una cátedra de buen humor, de alegría, de contento... era para mí.

RITA No te corregirás nunca.

ESP. Está demostrado que no sirvo para profesora... Intentemos otra cosa. Bordar o coser, o... lo que queráis.

RITA No habrá remedio. Tu porvenir me preocupa: eres demasiado risueña, y eso es muy agradable para un rato; pero nadie pensará en ti seriamente.

ESP. Es probable. En último recurso me casaré con un hombre triste para alegrarle.

RITA O para entristecerle tú.

ESP. Peor para él.

RITA Y para ti.

ESCENA XI

DICHAS, FILOMENA, por la derecha

ESP. ¡Tía Filomena!
FIL. ¿Váis a salir.
RITA Esta sola.
FIL. ¿Sola?
RITA No tenemos quien la acompañe.
ESP. Tengo, mamá, tengo; pero no quiero.
FIL. Ya sé que eres muy formal en este terreno. Aunque eres aún tan chiquilla...
ESP. Pues no creas; ya me dicen cosas de persona mayor.
RITA Anda a tu obligación, Esperanza.
FIL A ver si sales como Mercedes: tiene fama de ser la profesora que mejor enseña.
ESP. Todas enseñamos lo mismo.
FIL. Eso creo.
ESP. Suerte de encontrar buenas discípulas...
RITA Anda, que es hora.
ESP. Un recuerdo al tío Tomás.
FIL. De tu parte. (Vase Esperanza por la derecha.)

ESCENA XII

RITA y FILOMENA

RITA Siéntate.
FIL. Haces muy mal en darles tanta libertad. La expones a muchos peligros.
RITA ¿Sabes algo de Esperanza?
FIL. No, nada. Aunque las mujeres son como los premios de la lotería; caen, pero no se sabe hasta después.

RITA Afortunadamente hay más billetes que premios.

FIL. Afortunadamente. (Pausa.) Patrocinio Roca...

RITA ¿Mi vecina?

FIL. Sí; me encargó que te saludase. La otra tarde estuvo de visita: tiene una conversación encantadora y cuenta las cosas de un modo... parece que las ha presenciado todas.

RITA La imaginación es un gran mérito.

FIL. Habla del choque de trenes, ese que hubo en León, y cuando llegó a los heridos, a como gritaban desesperados, daba gana de ponerle árnica.

RITA Es muy expresiva.

FIL. Pero es amiga vuestra; no lo dudes. Ella fué la primera en afirmar que era una calumnia infame todo lo que se hablaba de Mercedes.

RITA ¿De Mercedes?

FIL. Y precisamente esto es lo que me trae aquí. Cuando vengo, comprenderás que hay algun motivo importante.

RITA No necesitas pretextos para venir; pero explícate, te lo ruego.

FIL. Anoche tuvimos una conversación muy grave Tomás y yo. El mismo me aconsejó que viniese, por compasión, por caridad hacia vosotros.

RITA ¿Qué entiendes por caridad, Filomena?

FIL. Toda buena acción que personalmente no nos favorece.

RITA Entonces tendré que estarte agradecida por lo que vas a decir.

FIL. Eso espero.

RITA Pues ya te lo agradezco: dilo.

FIL. Tomás opina, como yo, que estas no son más que murmuraciones e infamias; pero que es conveniente advertiros para que os guardéis.

RITA ¿De quién?

FIL. En la forma que dan las noticias, con tanto lujo de detalles, demuestran estar bien enterados. Créeme, Rita; en la vecindad hay una mala lengua.

RITA ¿Una? Siempre he dicho que esta era la mejor casa del barrio.

FIL. ¿No te intranquilizan las murmuraciones?

RITA Como no puedo librarme de ellas... pero, además, la desgracia me hizo muy valiente; no le tengo miedo ni a la familia.

FIL. No lo dirás por nosotros.

RITA De ninguna manera. Tú vienes a hacerme un favor: hazlo.

FIL. Dime: ¿quién es ese amigo que ha colocado al novio y al suegro y a no sé cuántos más de tu parentela futura?

RITA Un destino de temporero y evitar un traslado: esa es toda la cuenta.

FIL. ¿Y quién la hizo?

RITA Pepito Olivares.

FIL. ¿Sigue visitándoos?

RITA ¿Por qué no?

FIL. ¿Y qué interés tiene en serviros tanto?

RITA ¿Esta es la calumnia?

FIL. No; esta no es más que la pregunta.

RITA ¿Y no sobra, como razón, que sea bondadoso, que pueda fácilmente hacer un favor y que lo haga?

FIL Yo estoy propicia a aceptar esa razón; pero convengamos en que es mucha bondad la suya. Hay quien dice que está enamorado o que enamora a alguna de esta casa.

RITA ¿A mí?

FIL. No; de ti no lo dicen. De Mercedes.

RITA Pues ya puedes jurar que es mentira. Pepe es un buen amigo nuestro, muy afectuoso con Mercedes y con Esperanza y conmigo; pero jamás ha demostrado la menor indicación amorosa.

FIL. Pues lo aseguran.

RITA Es natural. ¿En qué se va a pasar el tiem-

po? En una visita, si no se habla mal de alguien...

FIL. Me alegro en el alma de que no haya motivo para esas suposiciones que ofendían a Mercedes y nos molestaban a todos; pero, aun así, convendría que extremases tu vigilancia.

RITA Si son buenas como mis hijas, no lo precisan; y cuando tienen mal instinto, la vigilancia paterna es como los viajeros que llevan el revólver en la maleta para tener el gusto de que les roben una cosa más.

FIL. ¿Y estás enterada de que a espaldas tuyas vino alguien de visita a esta casa?

RITA Debes comprender que si fué a espalda mía lo habrán hecho así para que yo no me entere.

FIL. O para que puedas alegar ignorancia.

RITA No esperaba tener que agradecerte tanto.

FIL. Es muy raro que ignores y que niegues. Y lo que tal vez no tenga valor alguno diciéndolo, ocultándolo es un cargo muy serio.

RITA El no saber, da mucho aplomo para negar; no extrañes, pues, que siga disimulando.

FIL. Allá tú... pero así te buscas comentarios poco piadosos. Si dijeras francamente es don Fulano, y vino a esto o a lo otro...

RITA Creerías lo otro.

FIL. Eso ya no es malicia.

RITA ¿Es caridad lo que tú me cuentas, y no podrá ser ni intencionado lo que yo te responda?... Perdóname, Filomena.

FIL. No hay de qué.

RITA Tienes razón.

FIL. Pues, según dicen, un caballero inmensamente rico, y a quien han visto venir siguiendo a Mercedes en diferentes ocasiones, estuvo aquí la otra tarde cuando tú no estabas.

RITA Cierto: Mercedes me dijo hace días que estuvieron a proponerle una lección.

FIL. No debía de ser eso.

RITA Es posible que se reservase la verdad.

FIL. ¿No eres curiosa?

RITA No. Tengo absoluta confianza en ellas, y si quieren hablar con alguien, no necesitan esconderse.

FIL Más vale así. Aunque para la gente que rodea... Ese don Roque Carrascosa, un pastelero que come con todos.

RITA El que come con todos no es un pastelero, es un convidado.

FIL. Don Restituto, ese envidioso, coleccionista de murmuraciones, que cuando habla miente, y cuando no miente calla.

RITA Pues de ti habla bien.

FIL. Lo siento, porque no se lo creerán. ¿Y ese don Pepito?... Otro que tal baila

RITA Veo que tienes un desprecio coreográfico por los que frecuentan mí casa.

FIL. No hoy ninguno que sirva para darte un buen consejo.

RITA ¿Ni tú?

FIL. Solamente yo, y dices que tengo mal genio.

RITA No te culpo: ya sé que tu carácter es un caso de atavismo. Tu bisabuelo fué general de artillería... y sales al bisabuelo.

FIL. Te equivocas: no soy general.

RITA Pero eres de artillería: disparas con bala rasa.

FIL. Si me escucharas...

RITA No. Y escúchalo tú de una vez para todas, No pienso cambiar una línea de mi conducta en cuanto a que mis hijas sean independientes y se ganen la vida por sí solas, ni pienso cambiar una línea porque digan o dejen de decir.

FIL. Es que te quitan la honra.

RITA Te equivocas. La honra de uno no está en las palabras de otro.

FIL. ¿Pero a ti no te preocupan las murmuraciones?

RIT. ¡No me espantó la miseria y voy a espantarme de chismes y cuentos!...

FIL. La opinión de los demás...

RITA Es muy conveniente, pero no indispensable. No hablemos más de esto.

FIL. Previniéndote, he creído hacerte un favor.

RITA Pues ya lo has hecho. Gracias, Filomena, y no hablemos más. Déjame gobernar mi casa, como yo te dejo en la tuya.

FIL. Buenas tardes, Rita.

RITA Si no te agrada variar de conversación, buenas tardes, Filomena. (Vase Filomena por la derecha.)

ESCENA XIII

RITA, MERCEDES, por la derecha.

MERC. Apenas si me saludó la tía Filomena... ¿Os habéis peleado?

RITA No transige con nuestro modo de vivir: hemos de adoptar el suyo a la fuerza... y aunque me sobrasen los millones, os enseñaría a ganaros la vida. Ya sé cómo se van los fortunas, y ya sé cómo se quedan las mujeres sin amparo.

MERC. No te disgustes. La tía Filomena ve las cosas desde su riqueza; no sospecha que pueda faltarle nunca el lujo que hoy tiene.

RITA Lo que la trae a mal traer, es su vanidad. Para algunos ricos, los parientes pobres son desagradables; pero que al pariente pobre lo conozcan y lo admitan para trabajar en los mismos sitios donde el rico triunfa y se pavonea, es una verdadera incorrección...

MERC. Discúlpala... Una vanidad tan exagerada probablemente es ya un poco de enfermedad.

ESCENA XIV

DICHAS, RICARDO por la derecha.

RIC. ¿Se puede?
RITA ¡Hola, Ricardo!
MERC. (Alegre.) No te esperaba.
RIC. Yo sí: estuve abajo hasta que te ví entrar.
MERC. (Cariñosa.) ¿Rondando?
RITA ¿No hubo oficina? ¿San desestero?
RIC. He tenido que salir.
MERC. ¿Me quieres? ¿Pensaste en mí?
RIC. Siempre.
MERC. ¡Qué soso vienes!... ¡Vaya un siempre!
RIC. ¡Qué le haremos!...
MERC. ¿Te ha ocurrido algo?
RIC. Nada nuevo.
MERC. ¿Y antiguo? ¿Por qué me miras?
RIC. Por mirarte: es un gusto que me doy.
MERC. Díselo a tus ojos: no deben saber que están mirando algo de su gusto. (El baja la vista.)
MERC. ¿Nos acompañarás luego?
RIC. Tengo que hablarte.
MERC. ¿Hablarme? ¿Qué quieres decir con eso?
RIC. ¿No sabes lo que es hablar dos personas?
MERC. (Angustiada.) No, no lo sé... pero habla.
RIC. Cuando pueda.
MERC. ¿Te estorba mi madre?
RIC. Estorbarme, no; pero me cohibe.
MERC. Hablaremos sin ella... Mamá...
RITA ¿Qué, hija?
MERC. Ricardo desea decirme algo...
RITA Calla...
MERC. ¿Por qué? (A Rita.) Y no se atreve delante de ti.
RITA Haces mal... pero hazlo. (Vase Rita por la izquierda.)
RIC. Mucha confianza tiene en ti...
MERC. Mucha, no; confianza nada más.

ESCENA XV

MERCEDES y RICARDO

RIC. ¿Crees que te quiero?
MERC. Sí. ¿Y tú?
RIC. También.
MERC. No digas también. Dime sí.
RIC. (Frío.) Sí...
MERC. (Va llorando a sentarse: triste.) Habla.
RIC. (Yendo a ella.) No llores... ¿Crees que soy leal?
MERC. Sí.
RIC. ¿Me crees capaz de proceder ligeramente?
MERC. No.
RIC. ¿De ofenderte a sabiendas?
MERC. No.
RIC. (Pausa.) Tengo un motivo poderoso. No me obligues a decir cual.
MERC. ¿Para qué?
RIC. Es preciso que renuncie mi destino.
MERC. (Levantándose contenta.) ¿Es tu empleo nada más lo que se juega aquí? Pues renúncialo, y ¡bendito sea Dios! ¡Estaba con el alma oprimida, temiendo que fuese algo de ti y de mí!
RIC. De ti y de mí ha de ser todo lo que hablemos tú y yo.
MERC. (Sentándose abatida.) Ya vuelve otra vez la angustia... Habla, Ricardo.
RIC. Suponen que ese destino tuvo un precio.
MERC. ¿Un precio? ¿Quién lo ha pagado?
RIC. Eso te pregunto.
MERC. (Levantándose airada.) ¿Y cómo te contesto? ¿Con gritos? ¿Con lágrimas? ¿Arañándote?
RIC. Y yo prefiero pasar privaciones...
MERC. Es poco.
RIC. Aplazar nuestra boda...

MERC. Es poco.

RIC. Todo, menos seguir en ese puesto, mientras no sepa la verdad. Y de ti quiero oirla.

MERC. Si tienes razón para aplazar la boda, no te queda más camino que decirlo; y si no la tienes, un aplazamiento es poco.

RIC. ¿Mercedes?

MERC. Es poco, te digo. Debes romper.

RIC. ¡Mercedes!...

MERC. Ya lo has oído.

RIC. Eres tú la que rompes.

MERC. (Asombrada.) ¿Yo?... (Resuelta.) ¿Quieres que sea yo? ¡Pues yo!

RIC. No pensaba distanciarme tanto. ¿Hemos concluído?

MERC. De ti depende. Habla.

RIC. ¿Necesitas conocer por mí?...

MERC. Para romper, no; para continuar, sí. Habla, habla claro, muy claro, deletrea; ¡no puedo perder una sílaba!

RIC. ¡Imposible! Sería ofenderte.

MERC. ¿Callar no es ofensa? ¡Más! Lo que digas podrá ser un golpe mal dado; pero es uno. Callándote, dejas campo abierto para muchos.

RIC ¿Y no adivinas?

MERC. Ni lo pretendo. Yo vivo mi vida, en ella te doy derecho para escudriñar; pero yo no vivo, ni me cuido de murmuraciones.

RIC. ¿Y si fuesen muy hondas?

MERC. Mejor; pasarían más abajo. Habla.

RIC. Dicen...

MERC. No dicen, no: dí tú.

RIC. Que eres muy amiga de Pepe Olivares.

MERC. Es verdad.

RIC. No me comprendes... o no te comprendo yo.

MERC. Explícate bien.

RIC. Es más que amigo.

MERC. (Riendo.) ¿Novio?

RIC. Más que novio.

MERC. (Altiva, vase hacia la izquierda.) ¡Mamá!...
RIC. (Tras de ella.) Responde...
MERC. (Siguiendo.) ¡Mamá!...
RIC. (Cogiéndola airado.) ¡Respóndeme tú!...
MERC. (Desasiéndose y siguiendo.) ¡Mamá!...

ESCENA XVI

DICHOS, RITA por la izquierda

RITA (Saliendo rápida.) ¿Qué es?
MERC. (Pausa.) Ricardo que se despide. Hemos roto.
RITA ¿Por qué?
MERC. Ricardo, mamá pregunta por qué rompemos. Puedes decírselo.
RIC. (Disculpándose.) Doña Rita...
MERC. (Pausa: señalando la puerta.) Puedes retirarte.
RIC. Es más fácil encontrar un gesto que una disculpa.
MERC. Ya estoy satisfecha habiendo encontrado algo.
RIC. Guárdalo. Quizás lo necesites más veces. Pero yo voy a buscar quien me responderá pronto, quiera o no quiera.
MERC. Búscalo.

(Vase Ricardo por la derecha.)

ESCENA XVII

MERCEDES y RITA

RITA ¿Qué ha pasado?
MERC. No lo sé...
RITA ¿Pero por qué lo despides?
MERC. Eso sí lo sé. Porque me ofendió.
RITA ¿Cómo?

MERC. Con una calumnia.

RITA ¿Y en lugar de explicaros habéis reñido? ¡Ay Mercedes!... La mujer valerosa, la que predica desprecio a las murmuraciones y a las hablillas...

MERC. ¡Es que me llegó muy adentro!

RITA ¿Y piensas que Ricardo va muy gozoso?

MERC. Sí supieras lo que se atreve a sospechar de mí.

RITA ¡Es posible que te haya traído una calumnia; pero seguramente traía también una pena! ¡Y esa no la quisiste ver!

MERC. Te indignarás cuando te lo diga.

RITA Lo sentiré; pero sin indignarme. Ya soy muy vieja... Ya aprendí a separar la cizaña... No tomes resolución ninguna... déjame enterarme primero.

ESCENA XVIII

DICHAS, ESPERANZA por la derecha

ESP. Llegué tarde: tenían ya tomada otra profesora. Pero estoy contenta, porque en ésta es la única casa donde no me dijeron que no servía... Hemos salvado mi amor propio.

RITA Y Mercedes terminó sus relaciones con Ricardo.

ESP. Has hecho bien.

RITA (Riñendo.) ¡Esperanza!

ESP. Tengo un candidato para ti, Mercedes, incomparablemente mejor.

RITA No digas desatinos.

ESP. Eso es mandarme que me calle.

RITA ¡Pues cállate!

ESP. No hay mal que por bien no venga. Ya verás como te alegras de este disgusto.

RITA No estamos por bromas.

ESP. Sí lo estáis. Cuanto más afligidas, más ne-

cesitadas de una persona alegre que sepa sobreponerse al aburrimiento de las situaciones trágicas. Hoy le escribo: mañana te presento a mi candidato, y os casáis cuando os parezca.

RITA Como hagas una locura...

ESP. ¿Locuras? Pregúntale a Consuelito Herrera... Había tarifado con su novio, que era Juez... Juez no, era de esos que andan siempre entre los jueces...

RITA ¡Ladrón!

ESP. No, escribano. Y yo le hice pedir perdón y fijar la fecha de la boda en una carta, escrita en papel sellado, para que hiciera fe si volvían a reñir. Y contigo voy a hacer lo mismo.

RITA Déjanos en paz.

ESP. Ese Ricardo no te convenía.

MERC. ¿Qué sabes tú lo que me conviene?

ESP. Ya veremos, ya veremos.

RITA Te prohibo mezclarte en esos asuntos, que son demasiado serios.

ESP. Como Ricardo... por eso me alegro del rompimiento.

RITA ¿Han llamado? Adviértele a Francisca que no estamos para nadie. Y tú, déjanos ahora un momento.

MERC. Ya puede oirlo.

RITA Es una chiquilla.

ESP. Si vais a llorar os dejo. No sirvo para los pucheritos. Las lágrimas no son de mi reino.

RITA Ten cuidado con que no te destronen.

ESP. No te apures. Basto yo sola para reirme del mundo entero. (Vanse Rita y Mercedes por la izquierda.)

ESCENA XIX

ESPERANZA, FRANCISCA y PEPITO, por la derecha

ESP. Parece mentira que haya quien se aflija, costando tan poco y siendo tan bueno reirse... (A Francisca que entra.) Francisca, diga usted que hemos salido.

PEP. (Entrando.) No hace falta... (A Francisca.) Dígales usted a las señoritas que siento mucho no encontrarlas.

ESP. Esta orden no va contigo.

PEP. Si tú lo dices...

ESP. Hazme el favor de pasar. (Vase Francisca por la derecha.)

ESCENA XX

ESPERANZA y PEPITO

PEP. ¿De veras no te estorbo?

ESP. Al contrario: tengo que hablarte. Voy a hacerte los honores... Siéntate, Pepito. Mamá ha ido a su cuarto con Mercedes, que está rabiando.

PEP. ¿Cómo rabiando?

ESP. Pues como rabia toda la gente seria, con lágrimas y suspiros, y diciendo a voces: «¡Yo tengo la culpa, yo!...» Te habrás fijado, Pepito, en que las personas formales cuando pasan algún disgusto, siempre es por culpa de ellas mismas.

PEP. Alguien más contribuiría...

ESP. Sí; unos con palabras y otros con silencios, hay muchos que mortifican a la pobre Mercedes. Pero yo estoy decidida a que concluya la formalidad en esta casa y a que todos seamos muy felices.

PEP. Si yo puedo servir para algo...

ESP. Supongo que sí... Voy a ver si arreglo estas penas de Mercedes; y de paso, voy a arreglarte a tí...

PEP. Muchas gracias. Yo vine precisamente a que me felicitaran ustedes. Esta mañana fuí aprobado en el tercer ejercicio.

ESP. ¿Estás contento del examen?

PEP. Del Tribunal. Son todos amigos míos... de Paco. Antes de un mes seré Registrador, y ya ¡que me entren moscas!

ESP. ¿Para qué?

PEP. Que no hay cuidado del porvenir. Doce mil realiyos seguros, ascensos reglamentarios y todo lo extra reglamentario que vaya cayendo. Al pelo, para empezar la vida.

ESP. ¿Y lo que has vivido ya?

PEP. Es cuenta nueva. La gente desbarra, figurándose que empezamos a vivir desde el día en que nacemos. ¡Mentira! Los hombres, como los potros, no son útiles sino desde que tascan el freno.

ESP. ¿Vienes filósofo?

PEP. Ya cobro... y, naturalmente, tengo que contar lo que gano y lo que gasto.

ESP. Otro que se nos pierde en el mar de las preocupaciones sociales...

PEP. ¿Tú con frases, Esperanza?

ESP. Es de una fuga de vocales del *Heraldo*... no le des importancia.

PEP. Me tranquilizo. Dile a Ricardo que la semana próxima anunciarán unas oposiciones. Habrá que marchar destinado a provincias; pero lo esencial es coger el puesto.

ESP. Ya no tenemos gran interés.

PEP. ¿Y eso?

ESP. Se pelearon.

PEP. ¿No se casa Mercedes?

ESP. Con Ricardo, no; pero ya habrá alguno.

PEP. ¿No ha de haber? Mercedes es una criatura angelical.

ESP. Ya sé que eres uno de sus admiradores.

PEP. De los más entusiastas.

ESP. ¿Si creerás que no hemos notado la frecuencia de tus visiteos?...

PEP. Esperanza...

ESP. Don Pepito...

PEP. Te juro que por Mercedes...

ESP. Ya te he dicho que a ti también te voy a arreglar yo.

PEP. ¿De veras?

ESP. Y hoy es muy fácil. Hablando sinceramente, me felicito de que Mercedes rompiese con Ricardo.

PEP. ¿No le quería?

ESP. Es tan reservada, que nunca suelta prenda; pero yo casi apostaba a que aceptó este novio por no saber que algún otro la quería.

PEP. ¿Hay algún otro?

ESP. Tal vez... Y tú, ¿quieres a alguien?

PEP. Esperanza...

ESP. ¡Don Pepito!... ¿Adivino mal, sospechando que a esta casa te trae algo más que la amistad?

PEP. Creí haberlo ocultado tanto, que nadie lo sospecharía: ni usted misma, Esperanza...

ESP. ¿Con tratamiento?

PEP. Ni tu misma, Esperanza.

ESP. ¿Luego es verdad?

PEP. No lo niego.

ESP. Sería igual: eso se os conoce en seguida.

PEP. ¿Y os enoja?

ESP. ¿Por qué no lo has dicho?

PEP. No me atreví. Por lo mismo que vuestra posición no es la de antes, a los amigos antiguos nos obligaba a mayores respetos.

ESP. (Dándole la mano conmovida.) Gracias.

PEP. No estaba aún en condiciones de casarme, y aquí puedo buscar una mujer, pero no una novia.

ESP. Cuando lo sepan mamá y Mercedes...
PEP. ¿Y tú?
ESP. Yo ya lo sé.
PEP. ¿Y qué me respondes?
ESP. ¡Por Dios, Pepe!... Me satisface y me halaga, porque eres muy bueno y muy capaz de hacer feliz a una mujer... la prueba es que yo misma me encargo de traerte la respuesta.
PEP. No temo que doña Rita me rechace.
ESP. Por mamá no hay miedo; te aprecia mucho.
PEP. ¿Y por ti?
ESP. Menos aún. Voy a decírselo a Mercedes.
PEP. ¿Qué la vas a decir?
ESP. (Riendo.) Que la quieres... ¡Cuanto antes mejor!
PEP. Si yo no quiero a Mercedes para casarme.
ESP. Pues ¿para qué?
PEP. Para hermana. Es a ti... A usted, Esperanza.
ESP. Tú has venido a divertirte un poco, ¿verdad? Pues por mí que no quede. (Riéndose.)
PEP. ¿No merezco siquiera que me escuchen?
ESP. Ya ves que sigo la broma.
PEP. ¿Y en serio no me escuchas?
ESP. ¿En serio?... (Riéndose aún, pero vacilante.)
PEP. ¿No me permites quererte ni esperar que tú me quieras?
ESP. ¿Pero tú, usted... usted me quieres?
PEP. Con la ilusión de casarnos muy pronto y ser muy felices.
ESP. Si yo no valgo la pena... ¡No sé más que reirme! (Haciendo pucheros.)
PEP. Reiremos juntos. Esperanza, ¿me quieres?
ESP. ¡Ay, ay!...
PEP. ¿Qué tienes?
ESP. ¡Ay... que no me puedo reir! (Llorando.)
PEP. ¡Eso es quererme!... ¡Dios te lo pague!

ESCENA XXI

DICHOS, RITA y MERCEDES, por la izquierda

RITA (Llorando.) Es una indignidad lo que ha dicho ese hombre.

MERC. (Llorando.) ¡Es una infamia!

RITA Pero, ¿qué es esto? ¿Tú tambien llorando? ¡Ay, Dios mío, ahora sí que se hunde la casa! ¿Qué tienes? (A Pepito.) ¿Qué le ha dicho usted?

PEP. Que la quiero.

RITA (Extrañada.) ¿A Esperanza?

PEP. ¿No lo merece?

RITA Sí; pero es tan raro que encuentre ella algo formal...

PEP. Se lo dije, y aunque Esperanza no me contestó...

ESP. (Aparte a Rita.) Dile que sí, mamá.

RITA (A Pepito.) Que sí.

PEP. Si usted no se opone.

RITA (A Esperanza.) ¿Por qué no te ríes ahora?

MERC. (Abrazando a Esperanza.) Alégrate.

ESP. Yo creía que venía por ti...

MERC. ¿También crees que yo no quiero a Ricardo?

PEP. Lo mejor es no creer nada... más que lo que uno mismo ve.

RITA Cerrar la puerta a murmuraciones, y vivir cada cual para sí y para los suyos, dentro de su casa.

PEP. Y si llaman, ladrar, para que se figuren que hay perró.

MERC. Es muy difícil.

RITA Pero muy sabio.

PEP. Y muy práctico.
ESP. Tiene usted razón, Pepe.
RITA ¿Ya no os tuteáis?
ESP. Ahora... de novios... me da vergüenza... Yo quise hacer la felicidad de Mercedes.
MERC. Y has hecho la tuya.

ESCENA XXII

DICHOS y RICARDO, por la derecha

RIC. Supe que estaba usted aquí, y aquí estoy.
PEP. Bueno.
RITA El señor podrá contestar a usted, porque ahora ya tiene un título que lo autoriza. Es mi hijo.
RIC. ¿Se casa? (A Mercedes.) Que sea enhorabuena.
MERC. La acepto.
RIC. Veo que no serví más que de juguete.
RITA No, ha servido usted de nada.
RIC. Fuí el cebo para este matrimonio de Mercedes.
PEP. Se equivoca usted. Me caso con Esperanza.
RIC. No puede ser.
ESP. ¿Por qué no puede ser?
RIC. ¿Usted no está enamorado de Mercedes?
PEP. No, señor; ni lo estuve nunca.
RIC. ¿Y entonces?
PEP. Eso pregunto yo: ¿Y entonces...? ¿Por qué no me he de casar con Esperanza?...
RIC. Es que a mí me dijeron...
RITA ¿Cuentos...? Si le gustan, continúe con ellos; pero a nosotros déjenos usted en paz.
RIC. Y tú, ¿no quieres a Pepito?
MERC. ¿Y cuándo lo quise más que como amigo, y hoy como hermano?

RIC. Perdón, Mercedes; ya me convenzo por mi propio daño que en el mundo hay mucha envidia.

RITA Y mucha credulidad. Sin ella, poco importaría la maldad de los otros.

ESCENA XXIII

DICHOS y BRAULIO por la derecha

BRAU. Dispensen ustedes...

RITA Adelante.

BRAU. Vengo a saber la respuesta.

MERC. (Adelantándose.) ¿Este señor es el que propone el veraneo? Pues no voy.

RITA ¡Mercedes!...

MERC. (Aparte a Rita.) Me persigue... (A Braulio.) Supongo que no necesitará usted mayores explicaciones.

RIC. ¿Qué es esto?

MERC. Ya te lo diré.

BRAU. Queden ustedes con Dios. (Aparte.) No madura...

PEP. (Aparte a Braulio.) Se la come otro.

BRAU. (Aparte a Pepito.) No se la comerá...

RIC. (De pronto, amenazando.) ¿Usted es don Braulio?

BRAU. ¿Y a usted que más le da que sea Braulio o Acisclo?

MERC. (Imperativa.) ¡Ricardo! (Entra Carrascosa al mismo tiempo que sale Braulio por la derecha.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, menos BRAULIO. Luego, CARRASCOSA

RIC. ¿Qué hay de verdad en lo que me dijeron?
MERC. ¿No escarmentaste?
RIC. ¿Pero hay algo?
CAR. Todas las mentiras tienen un principio de verdad, por eso hacen daño. ¿Crees en tu padre?
RIC. Ciegamente.
CAR. Pues cásate. Es digna de tu cariño.
RIC. Mercedes...
CAR. Y no escuches más que a tu conciencia, en aquellos casos que tú veas por ti mismo. Cierra la puerta a los envidiosos y los oídos a las murmuraciones, si quieres vivir tranquilo.
MERC. En nuestra casa. (Se abrazan.)
ESP. Y nosotros en la nuestra. (Idem.)
MERC. Y que vengan penas.
CAR. Las que sean inevitables.
ESP. / MERC. } Solos nosotros.
RITA Con vuestra madre.
CAR. Que también es inevitable.
MERC. Y la ayuda de Dios.
RITA Y ya es bastante compañía. (Quedan abrazadas las dos parejas. Carrascosa y Rita se dan las manos. Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Aire de fuera.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español. (Tercera edición.)

El abolengo.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Tercera edición.)

María Victoria.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

Por que sí.

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Español. (Segunda edición.)

La estirpe de Júpiter.

Alta comedia en cuatro actos y en prosa, estrenada en el teatro Novedades, de Barcelona.

La divina palabra.

Comedia dramática en tres actos, estrenada en el teatro de la Comedia. (Segunda edición.)

Lo posible.

Juguete cómico en un acto y dos cuadros, estrenado en el teatro de Lara.

En cuarto creciente.

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

El ídolo.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

Bodas de plata.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

Añoranzas.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

La fragua de Vulcano.

Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

El mismo amor.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara.

El ídolo.

Comedia en dos actos y en prosa. (Refundición.)

Nido de águilas.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara. (Segunda edición.)

Santos e Meigas *(Idilio campesino).*

Zarzuela en un acto y tres cuadros, música de los maestros Lleó y Baldomir. estrenada en el teatro de la Zarznela.

Cuandos ellas quieren...

Comedia en un acto y en prosa, estrenada en el teatro Salón Regio.

BIBLIOTECA

TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21-BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar
La Ola gigante
El señor Conde de Luxemburgo
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
El Sol de la Humanidad
Zazá
Mujeres Vienesas
Hamlet
Giordano Bruno
El Nido Ajeno.
El Rey
Prisionero de Estado o La Corte de Luis XIV
Los Miserables
La ladrona de niños
Los dioses de la mentira
Cristo contra Mahoma
Juventud de Príncipe
Juan José
La sociedad ideal.
La cizaña

Seguirá la obra:

ENTRE RUINAS

drama en tres actos y en prosa, original de

Ramón Campmany y Casimiro Giralt

Precio: DOS pesetas